

sabido haber mudado la vida, movidos por la lección de buenos libros, y de otras que he oído, y de otras también que he leído, de las cuales algunas crecieron tanto en sanctidad y pureza de vida, tomando ocasión deste principio, que vinieron á ser fundadores de Religiones y Ordenes, en que otros también se salvaron como ellos. Entendió esto muy bien Enrique VIII, rey de Inglaterra, el cual pretendiendo traer á su error ciertos padres de la Cartuja, y viendo que con muchas vejaciones que para esto les hacia, no los podia inducir á su error, al cabo mandó que les quitasen todos los libros de buena y católica doctrina, pareciéndole que quitadas estas espirituales armas con que se defendian, fácilmente los podria rendir. En lo cual se ve la fuerza que estas armas tienen para defendernos de los engaños de los herejes, pues las queria quitar quien pretendia engañar. Pues si tal es la virtud destas armas, ¿por qué no trabajaremos de armar con ellas el pueblo cristiano? Vémos que uno de los grandes artificios que han tenido los herejes de nuestros tiempos para pervertir los hombres, ha sido derramar por todas partes libros de sus blasfemias. Pues si tanta parte es la mentira, pintada con los colores de las palabras, para engañar, ¿cuánto más lo será la verdad bien explicada y declarada con sana doctrina, para aprovechar, pues tiene mucho mayor fuerza que la falsedad? Y si los herejes son tan cuidadosos y diligentes para destruir por este medio las ánimas, ¿por qué no serémos nosotros más diligentes en usar destes y de otros semejantes medios para salvarlas?

### §. III.

#### *Declárase en particular la necesidad de la doctrina.*

Y dado caso que bastaba y aun sobraba lo dicho para probar nuestro intento; pero todavía quiero pasar adelante y probar, con la necesidad de las obligaciones de la vida cristiana, la necesidad que tenemos de la doctrina della. El cual trabajo me pareció necesario por haber algunas personas graves que condenan los libros de buena doctrina, escriptos en lengua vulgar para el uso de los que no aprendieron latin; los cuales en una materia tienen razón, mas en otra no la alcanzamos. Porque razón tienen, si entienden que no se han de escribir en lengua vulgar ni cosas altas y oscuras, ni tampoco se han de referir los errores de los herejes, aunque sea para confundirlos, ni otras cosas semejantes, ni cuestiones de teología, las cuales ni aun en los sermones populares consiente Sant Augustin que se traten (a). Pues ¿cuánto menos se debe en esta lengua escribir lo que no conviene predicar? Con lo cual contesta el dicho del apóstol (b), pues no quiere que se prediquen cuestiones, sino doctrina que edifique (c). Asimismo libros de la sagrada Escripura no conviene andar en lengua común, porque hay en ellos muchas cosas oscuras, que tienen necesidad de declaracion. Así que, quanto á esto, razón tienen los que no quieren que haya estos libros; mas querer que no haya libros en esta común lengua, que nos enseñen á vivir conforme á la religion cristiana, que en el santo bautismo profesamos, téngolo por tan grande inconveniente, como obligar á un hombre á la vida monástica, y no querer que lea y sepa las constituciones y estatutos della; pues no menos obliga al cristiano esta primera profesion, que al religioso la segunda. Y cuán culpado sería el religioso si se descuidase en aprender las leyes de su religion, tanto lo será el cristiano en no querer aprender las leyes de la suya. Mas, aunque los ejemplos y autoridades de la sancta Escripura que aquí habemos alegado, sean suficientísima prueba de lo dicho; pero todavía me pareció mostrar esto por tal medio, que las mismas cosas prueben y declaren la necesidad que dello hay.

Porque primeramente, si un hombre desea de verdad y de todo corazón ser cristiano, no por sola fe, sino por vida y costumbres conformes á esta fe, ha de saber ante todas las cosas los artículos de la fe que profesa, no solo en la fe de los mayores, sino explicita y distintamente. De modo que no basta pronunciar las palabras del Credo como las diria un papagayo; sino ha de entender lo que pronuncia, porque no venga á formar conceptos y sentidos extraños de lo que cree, como escribe Sant Augustin, de Alipio su familiar amigo (d). Del cual dice que

(a) Aug. lib. 4 de Doct. Christ., t. iii. (b) 2. Tim. 2. (c) Tit. 5. (d) August. in lib. 7, conf. cap. 19.

antes que le fuese declarado el misterio de la Encarnacion, tenia para si que nuestro Salvador no habia tomado de nuestra humanidad mas que solo el cuerpo, y que la persona divina que dentro dél estaba, hacia el oficio del ánima. Asimismo en el misterio de la Sanctísima Trinidad conviene que cuando el cristiano oye los nombres de Padre y Hijo, sepa que no ha de entender aquí cosa corporal, pues aquella divina generacion es toda espiritual, aunque natural. Y asimismo entienda que este misterio ha de ser creído y adorado y no escudriñado: considerando en esto por una parte la majestad de aquella altísima substancia, que es inefable y incomprehensible, y por otra la cortedad y bajeza de su entendimiento, el cual para entender la alteza de las cosas divinas, es (segun dicen los filósofos) como los ojos de la lechuza para ver la claridad del sol. Esto conviene que presuponga el cristiano para no hacer argumento de su no entender, para no creer. Asimismo ha de entender que este misterio, aunque sea sobre toda razón, no por eso implica contradiccion, como algunos simples e ignorantes imaginaron; pues siendo esto así, necesario es que haya doctrina que excluya todas estas ignorancias en materias tan graves.

Demas desto también está obligado á saber los mandamientos, así de Dios como de la Iglesia, que es la ley en que ha de vivir, y entender que no solo se quebrantan por sola obra, sino también por pensamiento, que es por consentimiento en la mala obra. Y aun más debe entender, que no solo con el mal propósito de la voluntad, sino también con el deleite del mal pensamiento, aunque no quiera ejecutarlo (que es lo que los teólogos llaman delectacion morosa), se comete pecado mortal en materia de pecado mortal. Allende desto, el buen cristiano está obligado á confesarse por lo ménos una vez en el año, lo cual debria hacer otras muchas veces si quiere vivir más religiosamente. Pues para esto ha de saber examinar su consciencia, discurrendo por los mandamientos y pecados mortales, para ver en lo que ha desfallecido por obra, ó palabra, ó pensamiento; porque no sea como algunos brutos, que puestos á los piés del confesor, apenas saben decir una culpa á cabo de un año, donde han cometido tantas, si no dicen: Padre, preguntadme vos. Y no basta confesar los pecados, si no tenemos arrepentimiento y pesar dellos. Para lo cual es menester conocer la fealdad del pecado, y lo mucho que por él se pierde, y el estado en que deja al ánima miserable, y sobre todo, cuán ofensivo sea de la majestad de Dios, de quien tantos beneficios habemos recibido, con los cuales muchas veces le ofendemos. Porque dado caso que la contricion sea un muy especial don de Dios, pero este suele él dar á los que de su parte se disponen y hacen lo que pueden para alcanzarlo. Y porque á esta contricion pertenesce que esté con ella un muy firme propósito de no volver más á pecar, y sea señal de poco arrepentimiento, si luego se repiten los pecados, conviene que se sepan los remedios y medicinas que hay para esto, cuales son evitar todas las ocasiones dellos, y el ejercicio de la oracion, y la frecuencia de los sacramentos, y la leccion de los buenos libros, y la templanza en el comer y beber, y la guarda de los sentidos, mayormente de la lengua, por la cual se cometen tantas culpas. Y no ménos es necesaria la guarda de los ojos, por donde muchas veces entra la muerte en nuestras ánimas. Y sobre todo esto es necesario resistir apresuradamente al principio de los malos pensamientos y movimientos, con la memoria de la pasion de Cristo, etc. Porque querer vivir virtuosamente en un mundo tan malo (donde tantas ocasiones hay para pecar), y estando cercados por una parte de una carne tan mal inclinada, y por otra de tantos demonios, y de algunos hombres perversos (que á veces nos hacen más cruda guerra que los demonios); sin ayudarnos de todos estos pertrechos y armas espirituales, es querer subir al cielo sin escalera. Y por falta desto vemos cuán pocos sean los hombres que vivan sin pecados mortales. Pues ¿cuánto aprovechará para saber todas estas cosas leerlas en los libros que las enseñan?

Pues cuando el cristiano se llega á comulgar, ¿quién le declarará la alteza de aquel sacramento, la grandeza de aquel beneficio, y la soberanía de la majestad que allí está encerrada, para que por aquí entienda con cuánto temor y reverencia, y con cuánta pureza de conciencia, y con cuánta humildad y encogimiento se debe aparejar para recibir en su pobre chozuela al Señor de todo lo criado, para que así se haga participante de la gracia de aquel sacramento, y de las riquezas y consolaciones que él trae consigo? Porque comulgar sin el aparejo debido es,

como dice el apóstol (a), comer y beber juicio para quien así lo recibe; como parece que comulgan el día de hoy muchas personas; pues ninguna emienda vemos en sus vidas.

Es también oficio propio del cristiano hacer oración (que es cosa grandemente encomendada en las santas Escrituras), en la cual pida á nuestro Señor remedio para todas sus necesidades, así corporales como espirituales, que son innumerables. Pues para que su oración sea eficaz, ha de saber las virtudes con que la ha de acompañar; las cuales (contándolas brevemente) son: atención, devoción, humildad y perseverancia, y sobre todas fe y confianza, según aquello del Salvador, que dice: Cualquiera cosa que pidiéredes, creed que la recibiréis, y darse os ha (b).

Con la oración quiere el apóstol (c) que se junte el hacimiento de gracias por los beneficios recibidos, que es el sacrificio de las alabanzas divinas, que Dios tan encarecidamente pide en el salmo 49. Pues ¿cómo podrá un cristiano hacer este oficio con la devoción y sentimiento que conviene, si no supiere cuántos y cuán grandes sean estos beneficios?

Demás de lo dicho, tentaciones en esta vida no pueden faltar; pues, como dice el Santo Job (d), toda la vida es una tentación prolija. Y Sant Pedro dice que nuestro adversario, como león rabioso, nos cërca por todas partes, buscando á quien trague (e). Y el apóstol Sant Pablo (f) encarece la fuerza y poder grande deste enemigo, y nos provee de diversos géneros de armas espirituales para contrastarlo. El cual tiene mil artes y mil maneras para acometernos: unas veces con pensamientos de blasfemias, otras con tentaciones de la fe, otras con iras, odios y deseos de venganza, y otras con apetitos sensuales, y otras veces más disimuladamente, dándonos á beber la ponzoña azucarada, que es representándonos el vicio con máscara de virtud. Pues si el cristiano no estuviere advertido de todos estos bajos (donde suele peligrar la navecica de la inocencia), y no supiere siquiera medianamente los remedios destes peligros, ¿qué puede esperar, sino dar al través á cada paso, y caer en el abismo de los pecados? Navegamos también en esta vida mortal con diversos vientos, unas veces con tormenta, y otras con bonanza: quiero decir, unas veces con prosperidades, y otras con adversidades. De las cuales las unas vanamente nos ensoberbecen y levantan, y hacen olvidar de Dios; más las otras, como son de diversas maneras, así nos mueven unas veces á impaciencia, otras á desconfianza, otras á tristeza desordenada, otras á quejarnos de la divina Providencia, y otras á deseos de venganza. Pues si el que procura ser buen cristiano, no estuviere advertido y prevenido en tiempo de paz para los peligros de la guerra, ¿cómo podrá escapar destes dos tan ordinarios peligros? Y ¿quién le proveerá más fácilmente para esto de saludables remedios, sino la doctrina y avisos de los buenos libros?

Son también para andar esta carrera del cielo cuatro virtudes grandemente necesarias, que son: amor de Dios, aborrecimiento del pecado, esperanza en la divina misericordia, y temor de su justicia; en las cuales virtudes consiste la suma de toda nuestra salvación. Y llámense estas virtudes afectivas, porque consisten en los movimientos y sentimientos de la voluntad. Pues como esta sea una potencia ciega (que no se mueve á ninguno destes afectos, sino representándole el entendimiento los motivos y causas que tiene para ellos), de aquí es, que ha menester el buen cristiano saber lo que á cada cosa destas le puede mover; porque aunque estas virtudes infunda Dios en las ánimas de los justos, más debe el hombre ayudarse por su parte, y no librarlo todo en Dios, ayudándose de muchas consideraciones que para esto le pueden mover. Y pues esta materia es muy copiosa, ¿cuánto aprovechará á un buen cristiano saber algunas consideraciones que á cada una destas virtudes lo puedan mover? Lo cual todo nos enseñan los libros de buena doctrina.

Más dirá alguno que pido mucho en tantas cosas como aquí he tocado. A lo cual respondo, que á quien parece que basta ser cristiano con sola fe, y sin tener cuenta con la vida, todo esto parecerá mucho; más á quien lo quiere ser en la pureza de la consciencia, apartándose de todo género de pecado mortal, no solo esto no parecerá mucho, más ántes la experiencia de los peligros, y tentaciones, y ocasiones deste mundo, le enseñarán que todo

(a) 1. Cor. 21. (b) Marc. 11. (c) 1. Tim. 2. (d) Job. 7. (e) 1. Pet. 5. (f) Ephes. 6.

esto y más le es necesario; pues no es pequeño el camino que hay de la tierra al cielo. Y por eso todas las cosas susodichas son menester para este tan grande vuelo.

#### §. IV.

##### *Respóndese á algunas objeciones.*

Más alguno por ventura, concediendo ser todo esto necesario, dirá que bastan los sermones ordinarios de la Iglesia para lo dicho, sin que haya lección de buenos libros. A lo cual primeramente respondemos que en muchos lugares hay falta de sermones, y según dice Sant Gregorio (a), así como los sermones cuando son muchos se desestiman, así cuando son muy pocos, aprovechan poco. Y demás desto, los predicadores comunmente no descienden á estas particularidades susodichas sino cuando mucho tratan en comun de las virtudes. Y la doctrina moral es poco provechosa cuando es comun y general. Y allende desto, muchos sermones hay que más son para ejercitar la paciencia de los oyentes, que para edificarlos.

Dirá otro que de leer buenos libros toman motivo algunos para desestimar los sermones, ó para no oírlos. A esto se responde que la buena doctrina no es causa de despreciar la palabra de Dios, sino de estimarla. Y si algunos hacen eso, más será culpa de su soberbia, que de la buena doctrina; y por la culpa de unos pocos soberbios, no es razón que sean defraudados de la buena lección los muchos. Otros dicen que algunos toman motivo de la tal lección para entregarse tanto á los ejercicios espirituales, que vienen á descuidarse de la gobernación de sus casas y familias, y del servicio que deben á sus padres ó maridos. A esto se responde que ninguna cosa condena más la buena doctrina que esta desórden; porque siempre aconseja que se antepongan las cosas de obligación á las de devoción, y las de precepto á las de consejo, y las necesarias á las voluntarias, y las que Dios manda á las que el hombre por su devoción propone. De manera que esta desórden más procede de la persona, que de la doctrina.

Otros dicen que de la buena lección toman muchos ocasión para algunos errores. A esto se responde que ninguna cosa hay tan buena y tan perfecta, de que no pueda usar mal la malicia humana. ¿Qué doctrina más perfecta que la de los Evangelios y Epístolas de Sant Pablo? Pues todos cuantos herejes ha habido presentes y pasados, pretenden fundar sus herejías en esta tan excelente doctrina. Por donde el apóstol Sant Pedro (b), haciendo mención de las Epístolas de Sant Pablo, dice que hay en ellas algunas cosas dificultosas de entender, de que tomaron ocasión algunos malos hombres para fundar sus errores. Y añade más, que de todas las santas Escrituras pretenden ayudarse los herejes, torciéndolas y falsificándolas, para dar color á sus errores. Y allende desto, ¿qué cosa hay en la vida humana tan necesaria y tan provechosa, que si hiciéremos mucho caso de los inconvenientes que trae consigo, no la hayamos de desechar? No casen los padres sus hijas; pues muchas mujeres mueren de parto, y otras á manos de sus maridos. No haya médicos ni medicinas; pues muchas veces ellos y ellas matan. No haya espadas ni armas; porque cada día se matan los hombres con ellas. No se navegue la mar; pues tantos naufragios de vidas y haciendas se padescen en ella. No haya estudios de teología; pues todos los herejes, usando mal della, tomaron de ahí motivos para sus herejías. Mas ¿qué diré de las cosas de la tierra, pues aun las del cielo no carecen de inconvenientes? ¿Qué cosa más necesaria para el gobierno deste mundo que el sol? Pues ¿cuántos hombres han enfermado y muerto con sus grandes calores? Y ¿qué digo destas cosas, pues de la bondad y misericordia, y de la pasión de Cristo nuestro salvador (que son las causas principales de todo nuestro bien) toman ocasión los malos para perseverar en sus pecados, ateniéndose á estas prendas? A todo esto añadido una cosa de mucha consideración. Pregunto: ¿qué cosa más poderosa para convencer todos los entendimientos, y traerlos á la fe, que la resurrección de Lázaro de cuatro días enterrado, y hediendo; al cual resucitó el Salvador con estas palabras (b): Lázaro, sal fuera? Y esto bastó para que ni las fuerzas de la muerte, ni las ataduras de piés y manos con que estaba preso, le detuviesen en el sepulcro. Pues ¿qué co-

(a) Mor. cap. 24, lib. 8, et. lib. 50, cap. 55. et lib. 5 in 1. Reg. cap. 14. (b) 2. Pet. 5. (c) Ioan. 11.

razon pudiera haber tan obstinado, que con esta tan grande maravilla no quedara asombrado, y rendido á la fe de aquel Señor? Mas, ¡oh increíble malicia del corazon humano! Esta tan espantosa maravilla no solo no bastó para convencer el corazon de los pontífices y fariseos; mas ántes de aquí tomaron ocasion para condenar á muerte al obrador de tan gran milagro, y no contentos con esto, trataban de matar á Lázaro, porque muchos por esto venian á creer en el Salvador. Pues si la malicia humana es tan grande, que de aquí sacó motivo para tan gran mal, ¿quién ha de hacer argumento del abuso con que los malos pervierten las cosas buenas, y las fuercen y aplican á sus dañadas voluntades, para que por eso se impida lo bueno?

Todo esto se ha dicho para que se entienda que ninguna cosa hay tan buena que carezca de inconvenientes, mas ocasionados por el abuso de los hombres que por la naturaleza de las cosas. Mas no por eso es razon que por la desórden y abuso de los pocos, pierdan los buenos y los muchos el fruto de la buena doctrina, lo cual abiertamente nos enseñó el Salvador en la parábola de la cizania (a), donde dice que preguntando los criados al padre de la familia, si arrancarían aquella mala yerba porque no hiciese daño á la sementera, respondió que la dejasen estar, porque podría ser que arrancando la mala yerba, á vueltas della arrancasen la buena. En la cual parábola nos enseña que ha de ser tan privilegiada la condicion de los buenos, que muchos inconvenientes se han de tragar á cuenta de no ser ellos agraviados.

A todo esto añado que la doctrina sana no solo no da motivos para errores, mas ántes ella es la que mas nos ayuda á la firmeza y confirmacion de la fe. Para lo cual me pareció referir aquí una cosa que me contó un señor del Consejo general de la sancta Inquisicion destos reinos de Portugal; la cual sirve grandemente para conocer el fruto de la buena lecion, y el daño de la mala. Contó pues este señor, que vino á pedir misericordia al Sancto Oficio por su propia voluntad, sin ser acusado, un hombre, el cual confesó que dándose á leer malos libros, vino á perder de tal manera la fe, que tenia para sí que no habia mas que nacer y morir. Mas que despues, por cierta ocasion que se ofreció, ó porque la Divina Providencia lo ordenó, comenzó á leer por libros de buena doctrina, y dándose mucho á esta lecion, vino á salir de aquella ceguedad en que estaba, y pidió perdon della, y lo alcanzó. Esto quiselo escribir aquí en favor y testimonio del fruto de la buena lecion. Otra cosa no ménos verdadera, ni ménos digna de ser notada, me contó Don Fernando Carrillo, siendo embajador en este reino, el cual me dijo que un moro captivo, por nombre creo que Hamete, tenia el libro de la oracion y meditacion, y leia muchas veces por él, de lo cual se reian los criados de casa, y le preguntaban: Hamete, ¿qué lees tú ahí? Y él respondia: Dejar á mí. Finalmente, continuando la lecion, aquel Señor que alumbró al eunuco de la reina de Etiopia, leyendo por Esaiás (b), alumbró tambien á este; y él mismo finalmente vino á pedir el sancto bautismo, y hacerse cristiano. Pues estos dos ejemplos, y lo demas que está dicho, claramente nos dan á entender cuánto ayuda la buena doctrina, no ménos á la confirmacion de la fe, que á toda otra virtud.

La conclusion de todo este discurso es, que las leyes y el buen juicio no miran lo particular, sino lo comun y general: conviene á saber, no lo que acaesce á personas particulares, sino lo que toca generalmente al comun de todos, los cuales no es razon que pierdan por el abuso y desórden de los pocos. Ni tampoco mira á los particulares daños que traen las cosas, si son mayores los provechos que los daños, como se ve en la navegacion de la mar; porque si son grandes los daños de los naufragios, son mucho mayores los provechos de la navegacion.

Mas pido aquí perdon al cristiano lector de haber estendidome tanto en esta materia. Porque esto hice, para que se viese claramente la necesidad que tenemos de buena lecion, y no nos desquiciase deste juicio el parecer de algunos que sienten lo contrario. Y allende desto, poco nos podia aprovechar esto que aquí agora determino escribir, si se tuviese por inútil ó dañosa la lecion de la doctrina escrita en lengua comun. Servirá este nuestro preámbulo como el prólogo de Sant Hierónimo, que llaman Galeato (en el cual aprueba su traslacion de las sanctas Escrituras), para defension, no solo del libro presente, sino tambien de los que nos, y otros autores, han escrito en lengua vulgar.

(a) Math. 13. (b) Act. 8.

## PROLOGO.

*Dicite iusto quoniam bene* (a). Quiere decir: Decid al justo que bien. Esta es una embajada que envió Dios con el profeta Isaiás á todos los justos, la mas breve en palabras, y la mas larga en mercedes, que se pudiera enviar. Los hombres suelen ser muy largos en prometer, y muy cortos en cumplir; mas Dios por el contrario es largo y tan magnífico en el cumplir, que todo lo que suenan las palabras de sus promesas, queda muy bajo en comparacion de sus obras. Porque ¿qué cosa se pudiera decir mas breve que la sentencia susodicha: Decid al justo que bien? Mas; cuánto es lo que está encerrado debajo de esta palabra *bien*! La cual pienso que por eso se dejó así sin ninguna extension, ni distincion, para que entendiesen los hombres que ni esto se podia estender como ello era, ni era necesario hacer distincion destos, ni de aquellos bienes, sino que todas las suertes y maneras de bienes que se comprehenden debajo de esta palabra *bien*, se encerraban aquí sin alguna limitacion. Por donde así como preguntando Moysen á Dios por el nombre que tenia, respondió que se llamaba (b): El que es, sin añadir mas palabra, para dar á entender que su sér no era limitado é finito, sino universal (el cual comprehendia en sí todo género de sér y toda perfeccion que sin imperfeccion pertenece al mismo sér; así tambien puso aquí esta tan breve palabra *bien*, sin añadirle otra alguna especificacion, para dar á entender que toda la universidad de bienes que el corazon humano puede bien desear, se hallaban juntos en este bien, el cual promete Dios al justo en premio de su virtud.

Pues este es el principal argumento que con el favor de nuestro Señor pretendo tratar en este libro, ayuntando á esto los avisos é reglas que debe el hombre seguir para ser virtuoso. Y segun esto se repartirá este libro en dos partes principales. En la primera se declararán las obligaciones grandes que tenemos á la virtud, é los frutos é bienes inestimables que se siguen della; y en la segunda trataremos de la vida virtuosa, y de los avisos y documentos que para ella se requieren. Porque dos cosas son necesarias para hacer á un hombre virtuoso: la una, que quiera de verdad serlo; y la otra, que sepa de la manera que lo ha de ser: para la primera de las cuales servirá el primer libro, y para la otra el segundo. Porque (como dice muy bien Plutarco) los que convidan á la virtud, y no dan avisos para alcanzarla, son como los que atizan un candil, y no le echan aceite para que arda.

Mas con ser esta segunda parte tan necesaria, todavia lo es mucho mas la primera; porque para conocer lo bueno y lo malo, la misma lumbre y la ley natural, que con nosotros nace, nos ayuda; mas para amar lo uno, é aborrescer lo otro, hay grandes contradicciones y impedimentos (que nacieron del pecado), así dentro como fuera del hombre. Porque como él sea compuesto de espíritu y carne, y cada cosa destas naturalmente apetezca su semejante, la carne quiere cosas carnales (donde reinan los vicios), y el espíritu cosas espirituales (donde reinan las virtudes); y desta manera padesce el espíritu grandes contradicciones de su propia carne, la cual no tiene cuenta sino con lo que deleita. Cuyos deseos y apetitos, despues del pecado original, son vehementísimos, pues por él se perdió el freno de la justicia original con que estaban en frenados. Y no solo contradice al espíritu la carne, sino tambien el mundo, que (como dice Sant Juan) está todo armado sobre vicios; y contradice tambien el demonio, enemigo capital de la virtud, y contradice otrosi el mal hábito, y la mala costumbre (que es otra segunda naturaleza), á lo ménos en aquellos que están de mucho tiempo mal habituados. Por lo cual romper por todas estas contradicciones é dificultades, é á pesar de la carne, y de todos sus aliados, desear de veras y de todo corazon la virtud, no se puede negar sino que es cosa de grande dificultad, y que ha menester socorro.

(a) Isai. 5. (b) Exod. 3.